

La novela y las lecciones

Alguna vez estuve muerto

FERNANDO QUIROZ

Planeta, Bogotá, 2013, 225 pp.

CON LA novela *Alguna vez estuve muerto*, de Fernando Quiroz, podría hablarse del estado adolescente de la novela en Colombia, si tal aseveración estuviera tomando en serio el papel de una novela así en una visión global del género en nuestro país. Pero eso sería —además de una frase más o menos rimbombante— muy injusto con lo que ese género literario ha producido en Colombia y lo que actualmente produce, que puede que no sea la octava maravilla, pero tampoco es como para decir que no ha pasado de una fase de mera formación o aprendizaje.

El caso es que la novela de Fernando Quiroz (Bogotá, 1964) es un relato sobre un tema tan trillado y tan de poco interés (por trillado y por superado), que parece escrito no por un escritor hecho y derecho, sino casi por un principiante (o un adolescente). Quiroz es periodista y ha escrito columnas y crónicas en periódicos y revistas nacionales e internacionales; es autor de un bello libro de crónicas de Bogotá (*Tanto Bogotá*, 2011) y de otras cuatro novelas (de las cuales no he leído ninguna). Esta que reseño es la quinta y última publicada. Y es la historia de un publicista bogotano que se hace muy rico y muy reconocido en muchas partes del mundo. Antes de terminar su carrera ya era un hombre con ofertas, con dinero y al que le encantaba la vida cosmopolita y llena de lujos. Todo eso se incrementa con los años hasta volverse un hombre fatuo, y llega, según él mismo, (la narración se hace en primera persona) a cometer pendejadas más o menos absurdas, como ordenar a uno de sus criados que le pida su desayuno, a pesar de que ambos están en países distintos y la diferencia horaria es sustancial (es ingenuo querer mostrar con un detalle así la estupidez de alguien banalizado por el dinero y el poder, me parece). Esta manera de evidenciar cómo Jorge Mario (en algún momento del relato se nos cuenta que ese es el nombre del protagonista) se ha

convertido en un tonto absoluto no es la única: en la novela abundan los casos en los cuales su protagonista, antes y después de sus distintas vidas —como se verá—, piensa y hace cosas inverosímiles y tontas. Pero en él hay convencimiento, aquí no puede hablarse en ningún momento de ironía ni de humor sarcástico.

En un momento determinado, sin embargo, Jorge Mario decide cambiar radicalmente de vida, renunciar a los lujos, los viajes, el dinero que le entra a borbotones, la vida acelerada de los negocios y los compromisos. Y para ello decide morirse, desaparecer de sus múltiples mundos de éxito y cambiarse a una vida sencilla, modesta, sin dinero, pero en la cual la felicidad sea una opción real. Lo anterior lo dice el personaje de muchas maneras y el reseñista lo abrevia así. La desaparición que decide Jorge Mario incluye no saber más de su familia, sus amigos, su barrio, todo. Se acerca a un colombo-norteamericano (“se llamaba Gutiérrez”, dice el narrador) que reside en Nueva York y se ocupa de asuntos poco claros, entre ellos ser aliado de políticos, y quien también puede ocuparse de su muerte; de trampear la repatriación, desde el país del norte, de un ataúd cerrado y sellado (que contiene un muñeco), con la prohibición de que sea abierto por el estado de descomposición del cadáver, después de una muerte por septicemia.

Todo esto suena en buena medida increíble, aunque las novelas —sabe el lector— cuentan mentiras. Lo que ocurre es que esas mentiras deben estar muy bien contadas (hasta que se hagan una verdad en el texto), no importa que riñan con la realidad, de manera que el lector crea en esa realidad inventada por la novela. Ese es el juego, el pacto implícito. Son las verdades de las mentiras. Pero aquí no ocurre, el lector (este lector) ve que esas mentiras están forzadas, tienen una intención que se nota; el protagonista no se roba la atención del lector y esas realidades inventadas salen sin gracia, sin verosimilitud.

Jorge Mario ahora se llama Francisco y para su nueva vida se ha practicado unos cambios físicos de los cuales nunca se nos habla en el relato. Ni antes (cómo era Jorge Mario) ni ahora (cómo es Francisco con los cam-

bios). Y vuelve a su querida Bogotá y se instala en un modesto apartamento, se hace fotógrafo casi accidentalmente, y empieza, ahora sí, a disfrutar la vida. Así nos lo va contando el narrador, aunque con arrebatos de nostalgia. Él quería a su familia, a su hermana y a sus sobrinos; nadie de su círculo más cercano tenía la culpa de su vida echada a perder en los negocios y en la fatuidad de todos sus excesos. Maliciosamente, el lector piensa que, para cambiar su vida, Jorge Mario no tenía que acudir a la renuncia a todos sus afectos. Ese cambio radical no tiene justificación, más allá de querer dar una lección (¿a quién?).

La novela comienza con la narración, por parte del protagonista —ahora Francisco—, de su propio funeral (aunque esto no se descubre sino más adelante, cuando la trama va aclarando el panorama; mientras tanto el lector especula y no se explica cómo, desde la posición supina de un cadáver, quien narra puede ver todos los movimientos en la sala de velación). Hipocresías, falsedades, verdaderas lamentaciones, reapariciones de quienes estuvieron ausentes durante mucho tiempo, etc. Casi todo aquello de lo que tanto se ha escrito —en la ficción y en la no ficción— y que se hace tan previsible y tan manido. Eso que tontamente decimos casi todos: que quisiéramos poder presenciar nuestro funeral para descubrir a los verdaderos amigos y también la verdadera cara de los hipócritas, etc. Cosas así.

El capítulo 32 es un sartal de argumentos y anécdotas sobre la muerte, de cómo se nos presenta de muchas maneras, aunque estemos vivos. Ello porque el protagonista, quien ahora figura muerto para todo el mundo, reflexiona acerca de que esa no es la única vez que ha sentido un final. Y comienza a contarnos de otras muertes que le han ocurrido en la vida: de alguna vez que asistió —aburrido— a clases de yoga, pero le quedó en la memoria la frase de la instructora: “Cada vez que inhalamos, nacemos; cada vez que exhalamos, morimos”; que murió cuando murió el abuelo; que murió cuando la familia se fue del barrio; que deseó morir en el cuerpo de su novia; que murió cuando sus padres lo cambiaron de colegio; que murió cuando descubrió un revólver

RESEÑAS		NOVELA
en su casa, perteneciente a sus padres; que murió cuando, accidentalmente, atropelló un perro en una carretera europea; que murió cuando mataron a John Lennon, y que también murió cuando Quino dejó de dibujar a Mafalda. Sartal de nimiedades que no pueden ser parte de una obra importante. La manera, obvia y blanda, como nos habla el protagonista de la novela es lo que produce la impresión que al lector le queda de todo el relato, del propio personaje central, de su pensamiento. Lo que me da para decir que <i>Alguna vez estuve muerto</i> es una novela muy inocente, bien intencionada y adolescente. Tal vez lo que quiere el autor con este relato es dejar una especie de constancia de que es posible tener una vida sencilla y carente de lujos, pero feliz. Tal vez quiere aleccionar al lector acerca de la vida que se dan personajes de la sociedad, como los narcotraficantes y los políticos, llena de lujos y de poder, pero al mismo tiempo de frustraciones y de líos con la vida misma. Esa, creo, es la intención del autor, y por eso pienso que esta es una novela fallida, porque tiene la intención de aleccionar. Por eso cae en las obviedades y en los recursos ya muchas veces utilizados. Se aprende y se disfruta mucho más en una cínica y descarada novela negra de Rubem Fonseca, que en una novela bienintencionada como esta. Luis Germán Sierra J.		